

Centro de Documentación
de Honduras
(CEDOH)

La irrupción de los ciudadanos “*indignados*” en el escenario social, traducida a través de las multitudinarias manifestaciones de protesta y reclamo, ha creado una nueva situación política en el país, alterando la correlación entre las fuerzas y actores involucrados en el quehacer cotidiano de la nación. Tanto el Estado como la sociedad, devienen obligados a revisar y repensar sus mutuas relaciones. Los nuevos escenarios reclaman nuevos análisis, nuevos esfuerzos de interpretación y estudio para comprender mejor lo que está pasando y lo que puede pasar en el inmediato futuro en nuestro país.

El Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), una institución que recoge, sistematiza y divulga amplia información sobre la realidad nacional, a la vez que ejecuta proyectos de investigación para conocer mejor esa realidad, considera su deber analizar los nuevos acontecimientos y sacar las conclusiones más apropiadas en relación con los procesos de construcción de ciudadanía y consolidación de una verdadera cultura política, moderna y democrática, en la sociedad hondureña.

Esa es la razón por la cual nos dedicamos con tanta persistencia y disciplina a estudiar los nuevos fenómenos sociales que conforman el escenario nacional, y, al mismo tiempo, generar documentos de análisis que sirvan como insumos para la reflexión colectiva y ayuden a elevar el nivel de los debates y discusiones en torno a los grandes problemas que el país debe enfrentar cada día. Esa es una tarea esencial en el quehacer y desempeño de nuestro Centro de Documentación.

La publicación de estos análisis es posible gracias al apoyo que nos brinda la Agencia Suiza para la Cooperación y el Desarrollo (COSUDE), pero las opiniones aquí expuestas son responsabilidad de su autor y del CEDOH y, por lo tanto, no comprometen a la agencia donante.

La oposición política y los indignados

Víctor Meza

1 Con el surgimiento del fenómeno de los indignados y su sorprendente y masivo poder de convocatoria ciudadana, a la frágil y todavía vulnerable oposición política le sucedió lo mismo que al desafortunado dueño del circo: le crecieron los enanos. La sorprendente irrupción de miles y miles de ciudadanos que inundan las calles con sus múltiples consignas y variadas demandas, tomó por sorpresa a los líderes opositores, tradicionales o no.

El rechazo, abierto o disimulado, que los protagonistas de las marchas de las antorchas sienten o manifiestan hacia los líderes políticos, es más que evidente. Pero no se debe confundir con un rechazo a la política, es decir a la acción ciudadana concertada para buscar cambios y transformaciones sustanciales en el esquema institucional y en el diseño del Estado de derecho en Honduras. Son dos hechos diferentes, en los que el primero no supone forzosamente conexión con el segundo.

La llamada “*oposición indignada*” aparece como una respuesta social, ciudadana, colectiva, ante el descalabro moral en que se encuentra sumido el gobierno actual. Es la explosión de un sentimiento de repudio, acumulado a lo largo de muchos años y alimentado constantemente por la misma voracidad sin límites de las elites políticas y empresariales del país. Es el punto de llegada al límite mismo de la paciencia ciudadana. Es la explosión de la ira y la indignación.

La oposición política, en cambio, es la respuesta partidaria ante los desmanes y arbitrariedades del poder público. Es, o debería ser, la acción concertada de los partidos políticos perdedores en las cuestionadas elecciones generales de noviembre de 2013, ante lo que consideran políticas equivocadas del gobierno y del partido que resultó ganador, real o supuestamente, en aquellos comicios. La oposición política, pues, se presenta más como una coalición partidaria y no como una respuesta social de indignación ciudadana.

Es importante establecer las diferencias que existen entre la oposición indignada y la oposición política. Aunque las dos tienen conexiones indudables, la naturaleza de cada una las vuelve distintas y les concede identidad propia. Por lo tanto, se impone un manejo diferenciado de las relaciones con ambas, respetando las fronteras que las separan y entendiendo el verdadero significado de las semejanzas que las acercan. ¿Cuáles son, entonces, esas diferencias más notables, y cuáles las semejanzas más evidentes? Sin pretender ser exhaustivos y concluyentes, podemos mencionar algunas de ellas:

- **a.** En primer lugar, el origen y naturaleza de cada una. Mientras los indignados surgen del hastío y repudio ciudadanos ante los abusos del poder, la corrupción generalizada y la impunidad imperante, la oposición política, traducida en coalición opositora, nace a partir de acuerdos inter-partidarios para presentar un frente común ante el gobierno de turno y su partido gobernante.

La primera, es decir la oposición indignada, es una expresión de ciudadanía activa, mientras que la segunda es una expresión combinada de rechazo antigubernamental y militancia partidaria. Ambas tienen en común el cuestionamiento del poder gubernamental y el rechazo de sus políticas públicas. De igual manera, ambas rechazan la corrupción y los abusos, aunque el énfasis y la autenticidad de las protestas sean distintos y tengan diferentes niveles de sinceridad. Las marchas de los indignados destilan franqueza y confianza pública; las manifestaciones de la oposición están revestidas de suspicacias y dudas. Así como sus orígenes las diferencian, de la misma forma las clasifican y condicionan.

- **b.** En segundo lugar, su estructura jerárquica y la coordinación central. Los indignados, precisamente por la naturaleza espontánea de su surgimiento, carecen de estructuras que regulen y clasifiquen niveles de jerarquía y control dentro de su conglomerado social. No responden a un liderazgo definido ni cuentan con órganos centrales y monolíticos de coordinación nacional. Son libres, en el mejor sentido de la palabra, porque no atienden a directrices verticales ni obedecen a convocatorias planificadas. Muchos, la mayoría, se autoconvocan. Protestan atendiendo a su propio sentido del deber, a la indignación que llevan acumulada en sus espíritus. Son ciudadanos activos.

La oposición política, en cambio, sí cuenta con estructuras orgánicas y obedece a lineamientos políticos que emanan de los centros de dirección partidaria. No es una masa espontánea y autónoma, que protesta con su libre albedrío y su creatividad desatada. No, es una masa organizada que se guía por el sentimiento de la adhesión política. Es un conjunto de ciudadanos reconvertidos en militantes partidarios.

- **c.** En tercer lugar, las demandas planteadas, su diversidad y dispersión. Uno de los rasgos más distintivos de las marchas de las antorchas es la proliferación y carácter variado de las demandas y consignas enarboladas por los indignados. Cada vez se incorporan nuevos reclamos, según el interés y motivación que tenga cada uno al momento de sumarse a la protesta. Pero la tendencia a la proliferación se produce en forma paralela a otra tendencia, la de unificar y

fortalecer las consignas comunes, las más repetidas, las que comparte la mayoría, las demandas predominantes. Es interesante comprobar la forma en que se unen dos hechos aparentemente contradictorios: la dispersión y la cohesión, la variedad y el conjunto, la demanda sectorial y el objetivo común.

En cambio, las demandas de la oposición política, aunque no siempre muestran la compactación debida ni el consenso esperado, reflejan la tendencia principal de cada grupo partidario involucrado en la alianza. Son reclamos que tienen una orientación política definida, apuntan a cambios específicos en las relaciones de poder con el gobierno, resumen propuestas concretas en torno a asuntos tales como la representación partidaria en las entidades públicas, los cambios institucionales, la legislación electoral, el quehacer parlamentario, etc. Son exigencias políticas, que se circunscriben al ámbito de la actividad gubernamental y partidaria. Carecen de la amplitud que caracteriza al abanico de reclamos enarbolado por la oposición indignada.

Pero también hay semejanzas muy importantes entre ambas partes. Las dos corrientes de oposición, la de los indignados y la de los partidos políticos, coinciden en cuestionar al poder público y su forma de ejercer la autoridad. Todos rechazan el autoritarismo, la concentración del poder, el desmantelamiento de la red institucional pública y, por supuesto, la corrupción escandalosa que contamina e impregna de podredumbre toda la actividad del Estado.

Podría discutirse la sinceridad y profundidad de cada parte al momento de plantear sus demandas, sin duda, pero eso no anula la similitud y coincidencia en los reclamos de carácter político.

- **d.** En cuarto lugar, el poder de convocatoria y su impacto político. Sin duda que la capacidad movilizadora de las marchas de las antorchas es tan grande y creciente, que despierta la natural envidia de cualquier movimiento o partido político. Su naturaleza amplia y variada, espontánea e incluyente, le permite a la oposición indignada generar una capacidad de convocatoria cada vez más grande y masiva. La oposición política, en cambio, no es capaz, como no lo es tampoco el propio partido de gobierno, de movilizar de forma tan sostenida y creciente a una masa tan variada y dispersa, unida por el denominador común del hartazgo social y el rechazo consciente contra el Estado corrupto y abusador. Los indignados son más porque son ciudadanos en movimiento, mientras que los políticos opositores son menos porque solo son militantes partidarios. Pero esa diferencia no da pie para creer que los indignados son una masa de ciudadanos “apolíticos”, mientras los otros son una masa de ciudadanos “politizados”.

Establecidos los rasgos que les distinguen y clasifican, ¿cuál debería ser la relación entre los políticos de oposición y las marchas de las antorchas? Es una pregunta válida y de mucha actualidad, sobre todo en momentos en que se acentúa una campaña propagandística para distanciar o confrontar a la oposición política y la oposición indignada.

¿Qué debería hacer la alianza opositora ante la movilización ciudadana? Sumarse, incorporarse a la masa desfilante, con la discreción del recién llegado y el disminuido perfil requerido, integrarse, con humildad ciudadana, en el torbellino social desatado.

Si se suma con la vana pretensión de absorber o “*dar línea*” y dirección política a los indignados, la coalición de los opositores cometería un gravísimo error. No puede pretender eso. A lo sumo, lo único que puede hacer es abreviar de la energía ajena y nutrirse, como un benévolo parásito adherido, de su vitalidad social. Pero, además, para ello necesita diseñar nuevas y más creativas estrategias de movilización política y participación ciudadana combinadas, requiere dotar de “*dimensión social y ciudadana*” a sus “*demandas políticas*”; debe “*ciudadanizar*” su actividad política. Nada menos.

Los partidos no pueden ni siquiera pensar en la posibilidad de “*politizar*” las marchas ciudadanas. Pero sí deberían repensarse a sí mismos, revisar sus propias propuestas y darles el contenido social, amplio y plural, que emana desde la calle y nutre la indignación colectiva. La oposición política debe aprender las lecciones que se desprenden de la oposición de la calle. Debe desdibujarse como “*oposición tradicional*”, heredera de los vicios del bipartidismo, y reconvertirse en “*oposición política y ciudadana*”, novedosa, creativa, moderna y democrática. Eso sería una buena señal de rectificación y reorientación del rumbo.

Algunos políticos creen –vana ilusión– que bien podrían “*aprovechar*” el impacto positivo de las marchas ciudadanas. Que ni se les ocurra, porque ni deben ni pueden hacerlo. Lo prudente es limitarse a una integración sin aspavientos, fundirse, mimetizarse, confundirse entre la masa ciudadana, sin protagonismo ni alardes, sin pretensiones absurdas, sin ambición de liderazgos que, con frecuencia, suelen ser más fantásticos que reales.

La oposición política, al sumarse, puede y debe aportar ideas, generar propuestas, ofrecimientos concretos de colaboración legislativa, canalizar las demandas y hacer los cabildos necesarios para apoyarlas y fortalecerlas. Para ello, cuenta con espacios propios dentro del escenario político, dispone, aunque con limitaciones, de áreas específicas de influencia y participación. Por lo tanto, no necesita invadir los espacios, tan legítimos como autónomos, que los indignados han logrado conquistar a pulso cotidiano y en el fragor de la calle.

4

No son pocos los políticos y algunos analistas de prensa (“*profetas del desastre y un desastre como profetas*”) que insisten en que las marchas son pasajeras, pero que los partidos son permanentes. Razonamiento equivocado, sin duda.

La sostenibilidad de las protestas tiene raíces mucho más profundas que las de un simple episodio ocasional en la coyuntura política. Su fuerza arranca desde el fondo mismo en donde anida la corrupción, institucionalizada por años y años de saqueo constante y abuso infinito en el manejo del poder público. Las marchas, pasajeras o no, son la explosión del hartazgo acumulado por tanto tiempo en el alma colectiva, representan el final de un ciclo que permitió la tolerancia social y la complacencia pública hacia los corruptos, marcan el fin de lo que ha sido, para vergüenza nacional, “*el país de los cómplices*”.

Pero también, y este es el mensaje que deberían entender los políticos, las antorchas no solo iluminan un nuevo camino hacia la reconstrucción de Honduras; al mismo tiempo alumbran, con luz más tenue y titilante, algo así como un cortejo fúnebre, el de los viejos políticos, el de los viejos partidos, el del viejo sistema bipartidista y anquilosado, excluyente y conservador. Ahí está el verdadero mensaje.